

Desde los territorios: resistencias comunitarias frente a la
violencia hacia personas LGBTIQ+.

*Un diagnóstico regional del trabajo comunitario frente a la violencia y discriminación contra personas
LGBTIQ+*



Caribe
afirmativo

Con el apoyo de



Suecia
Sverige

Contenido

Introducción	3
Metodología	7
Justificación	9
Objetivos	10
Objetivo general	10
Objetivos específicos	10
Resultados	11
Conceptos y categorías clave del trabajo comunitario LGBTIQ+	11
Conceptualización del trabajo comunitario: hacia una definición desde la territorialidad	11
Concepto de Comunidad	15
Concepto de Comunicación Comunitaria	15
Concepto de Estrategias para el cambio social	16
Buenas prácticas: Logros e impactos, innovaciones de éxito y experiencias destacadas	17
Lecciones aprendidas y desafíos persistentes	27
Vacíos y áreas desatendidas: el futuro del trabajo comunitario	31
Conclusiones	34
Recomendaciones	40
Referencias	43

Introducción

La situación de violencia que enfrentan las personas LGBTIQ+ en la región es alarmante y compleja. El aumento en la visibilidad y el liderazgo en la defensa de sus derechos ha coincidido con un incremento en las agresiones, generando riesgos inminentes para quienes desde el activismo se atreven a visibilizarse. Esta violencia no solo proviene de actores no estatales, sino que también existe una preocupante complicidad, y en ocasiones participación, por parte de agentes estatales, aumentando la gravedad del problema, la cual, si bien puede variar según el contexto de cada país, presenta una constante: el rechazo sistemático por la diferencia y la coexistencia pacífica entre las personas con una orientación sexual, identidad y expresión de género diversas con el resto de la sociedad (Comisión Interamericana de Derechos Humanos, 2015; Caribe Afirmativo, 2024).

Las experiencias de violencia, que pueden ir desde ataques verbales hasta asesinatos, se exacerban cuando se analizan desde una mirada interseccional. Factores como la identidad de género, la orientación sexual, la etnia, la situación socioeconómica y el contexto migratorio influyen en la manera en que la violencia se manifiesta y afecta a las personas LGBTIQ+. Por ejemplo, una mujer trans afrodescendiente, desplazada internamente y en situación de pobreza extrema, enfrenta formas interseccionales y diferenciadas de violencia. Este reconocimiento de la diversidad muestra cómo la discriminación estructural y las normas sociales cis-heteronormativas empeoran la vulnerabilidad de quienes tienen múltiples motivos de exclusión (Caribe Afirmativo, 2024).

Además, la falta de reconocimiento legal de la orientación sexual, identidad de género y diversidad corporal como motivos válidos de protección agrava la invisibilización de la violencia. En algunos países, leyes que criminalizan las relaciones consensuadas entre personas del mismo sexo incluso legitiman la violencia y la discriminación, dificultando la denuncia y sanción de estos hechos. La impunidad y la ausencia de investigaciones efectivas o con enfoque diferenciado contribuyen a que la violencia continúe siendo una constante para las personas LGBTIQ+ en la región sociedad (CIDH, 2015).

Las cifras son contundentes: en 2023, al menos 364 personas LGBTI+ fueron asesinadas en América Latina y el Caribe, lo que representa un incremento del 5,5 % en comparación con los casos registrados en 2022 (SinViolencia, 2023). Adicionalmente, existen muchos de los ataques no letales ni siquiera son denunciados, ya que se consideran tristemente parte de la “vida cotidiana” de estas personas, así como comportamientos de discriminación. Esta realidad es una clara violación a los derechos humanos reconocidos en tratados interamericanos e internacionales, por lo cual se ha vuelto tarea de las organizaciones sociales afrontar estas situaciones en el límite de sus capacidades.

Este fenómeno acompañado de la inoperancia del aparato estatal en la mayoría de las ocasiones ha provocado que las organizaciones sociales ideen estrategias de combate frente a la violencia que serán el objeto de esta investigación. Este documento busca entender **cómo la sociedad civil organizada ha logrado navegar la situación de violencia y discriminación** en Argentina, Guatemala, Colombia, México, Panamá, República Dominicana, El Salvador, Venezuela, Cuba, Costa Rica y Honduras.

Para ello, se empleó una aproximación metodológica cualitativa que se centró en identificar las prácticas de trabajo comunitario que desarrollan organizaciones de la sociedad civil (OSC) en contextos atravesados por la violencia y discriminación hacia personas LGBTIQ+. Para ello, se llevaron a cabo cuatro encuentros virtuales con la participación de 20 organizaciones provenientes de Argentina, Guatemala, Colombia, México, Panamá, República Dominicana, El Salvador, Venezuela, Cuba, Costa Rica y Honduras.

Estos espacios incluyeron mesas redondas temáticas y conversaciones en plenaria, que facilitaron el intercambio de experiencias, la reflexión colectiva sobre estrategias de resistencia y cuidado, y el análisis de los desafíos que enfrentan en su labor cotidiana. Esta metodología buscó privilegiar el diálogo horizontal, la construcción colectiva de saberes y la visibilización de las múltiples formas en que el trabajo comunitario responde a las violencias estructurales que afectan a las personas LGBTIQ+ en la región.

Si bien este diagnóstico ofrece una mirada regional, presenta algunas limitaciones importantes que deben ser tenidas en cuenta. En primer lugar, la muestra se compone de 20 organizaciones de la sociedad civil, lo cual permite identificar patrones y tendencias comunes, pero no representa la totalidad de experiencias comunitarias existentes en los países incluidos. Además, Brasil, país clave en la región por su tamaño, diversidad y trayectoria de movilización LGBTIQ+, no pudo ser incluido en este ejercicio dada las barreras del idioma y a la decisión de priorizar ejercicios de hermanamiento previos con otras organizaciones de la región.

Por otro lado, el concepto de trabajo comunitario sigue siendo heterogéneo y en construcción, lo que implica distintas formas de entender, nombrar y practicar este tipo de intervenciones según el contexto local y la trayectoria organizativa. Asimismo, al tratarse de

encuentros virtuales, hubo limitaciones en la participación plena, ya sea por barreras tecnológicas, conectividad o disponibilidad de tiempo de las personas participantes, especialmente en países como Cuba o Venezuela, las cuales pudieron ser sorteadas de manera eficiente por el equipo de investigación.

Finalmente, el ejercicio no profundiza en el análisis de variables como edad, identidad de género, raza/etnia o clase social, que atraviesan de manera diferenciada las experiencias de violencia y las formas de respuesta comunitaria. A pesar de estas limitaciones, este diagnóstico constituye un punto de partida valioso que invita a continuar investigando y profundizando en la comprensión del trabajo comunitario frente a la violencia y discriminación hacia personas LGBTIQ+ en la región.

Metodología

La elaboración de este documento se basó en un enfoque cualitativo, orientado a comprender las estrategias y prácticas comunitarias desarrolladas por organizaciones de la sociedad civil en contextos atravesados por la violencia y la discriminación hacia personas LGBTIQ+ en América Latina y el Caribe.

La recolección de la información se llevó a cabo en dos momentos. Inicialmente, se tuvieron cuatro encuentros virtuales realizados los días 15, 22 y 29 de agosto y 5 de septiembre de 2025, con la participación de 20 organizaciones de la sociedad civil: Cornubanes por la Diversidad (Argentina), Asociación por un Mundo Igualitario – AMI (Argentina), Fundación GAAT (Colombia), Red Somos (Colombia), Asociación Lambda (Guatemala), Casa Frida, Refugio LGBT (México), Almas Cautivas (México), Asociación de Hombres y Mujeres Nuevos de Panamá – AHMNP (Panamá), Diversidad Dominicana (República Dominicana), TRANSSA (República Dominicana), Asociación COMCAVIS Trans (El Salvador), Más Igualdad (Perú), NUDSSO (Venezuela), Red de Mujeres Lesbianas y Bisexuales (Cuba), CENOA – LGBT (Colombia), Casa Diversa Comuna 8 (Colombia), Casa Abierta (Costa Rica) y Honduras Diversa (Honduras). Esta selección buscó asegurar una representación amplia y diversa de experiencias territoriales y organizativas.

Cada sesión estuvo guiada por un conjunto de preguntas orientadoras que se apoyaron en distintas dinámicas pedagógicas virtuales como, por ejemplo, el uso de la herramienta Mentimeter para registrar de manera interactiva percepciones y aportes de las organizaciones participantes, lo que enriqueció el proceso de reflexión compartida. Del mismo modo, se implementaron mesas de discusión grupales y conversaciones en plenaria que facilitaron el intercambio de experiencias y la construcción colectiva de saberes, privilegiando siempre el

diálogo horizontal al tiempo que una persona del equipo investigador tomaba notas y hacía las relatorías de cada uno de los encuentros virtuales.

Posteriormente, la recolección de información se enriqueció con la realización del **Encuentro Regional de OSC LGBTIQ+ con enfoque comunitario**, llevado a cabo los días **11 y 12 de septiembre de 2025 en Bogotá, Colombia**. Este espacio presencial reunió a representantes de las organizaciones participantes, consolidando un ámbito de intercambio y aprendizaje mutuo que complementó las discusiones virtuales previas. Durante las jornadas, se desarrollaron ejercicios de diagnóstico participativo sobre el estado de los derechos LGBTIQ+ a nivel regional, talleres colectivos para construir definiciones comunes sobre lo comunitario y el trabajo comunitario, y laboratorios de ideas enfocados en identificar retos locales y explorar formas de trabajo en red.

Asimismo, se organizaron mesas temáticas sobre protección comunitaria, educación y sensibilización, y comunicación transformadora, que permitieron identificar prácticas concretas de resistencia y estrategias innovadoras de acción colectiva. Igualmente, se compartieron **experiencias significativas de trabajo comunitario en los territorios**, con el propósito de reconocer y sistematizar las resistencias que han emergido frente a la discriminación y la violencia. Un eje central del encuentro fue la reflexión sobre los discursos de odio y sus impactos en los contextos locales, así como el desarrollo colaborativo de una **caja de herramientas digital** que recoge metodologías, recursos y estrategias de intervención comunitaria diseñadas para ser replicadas y adaptadas en distintos países y territorios

La información recabada en estos espacios fue posteriormente sistematizada y analizada de manera cualitativa, a partir de las discusiones, las respuestas a las preguntas orientadoras y los

insumos generados en las dinámicas interactivas. Este proceso permitió identificar patrones comunes, particularidades nacionales y prácticas innovadoras, dando como resultado un diagnóstico regional que visibiliza las formas en que el trabajo comunitario responde a las violencias estructurales y contribuye al fortalecimiento de la resistencia y la protección de los derechos de las personas LGBTIQ+ en la región a través del trabajo de la sociedad civil organizada.

Justificación

La realización de este mapeo y diagnóstico respondió, en primer lugar, a la necesidad urgente de visibilizar y comprender las formas en que las organizaciones de la sociedad civil LGBTIQ+ han enfrentado la violencia creciente en la región. En un contexto en el que los Estados muestran graves limitaciones, cuando no una abierta inoperancia, para garantizar la seguridad, la igualdad y la protección de derechos, las prácticas de trabajo comunitario se han convertido en la única alternativa de sostener la lucha, resistir ante la adversidad y mantener viva la agenda por la transformación social. Documentar estas experiencias constituye, por tanto, un ejercicio indispensable para reconocer el valor de quienes, desde sus territorios, han generado respuestas colectivas allí donde las instituciones y el sistema han fallado.

En segundo lugar, este diagnóstico busca aportar insumos concretos para la acción comunitaria y la incidencia sociopolítica, fortaleciendo las capacidades de las organizaciones para identificar desafíos comunes, compartir aprendizajes y articular estrategias frente a contextos adversos. El registro sistemático de estas prácticas permitirá, además, generar argumentos sólidos para exigir respuestas más efectivas de los Estados y organismos internacionales, así como para incidir en la construcción de políticas públicas más incluyentes y sensibles a las realidades de las personas LGBTIQ+ en las Américas.

Finalmente, la sistematización de las prácticas comunitarias reviste una gran importancia, no solo como ejercicio de memoria colectiva sino también como herramienta estratégica para proyectar la sostenibilidad de los procesos organizativos. Poner en común estas experiencias permite reconocer las múltiples formas de resistencia que se han tejido en la región, ampliar su alcance y consolidar un acervo de conocimientos que contribuya al fortalecimiento del movimiento LGBTIQ+ latinoamericano y caribeño.

Objetivos

Objetivo general

Proponer una aproximación conceptual al trabajo comunitario desarrollado por organizaciones de la sociedad civil LGBTIQ+ en América Latina y el Caribe que funja como herramienta orientadora para el fortalecimiento de su acción colectiva, su capacidad de incidencia y sus procesos de resistencia frente a la violencia y la discriminación.

Objetivos específicos

- Caracterizar las estrategias y prácticas de trabajo comunitario desarrolladas por organizaciones de la sociedad civil LGBTIQ+ en once países de América Latina y el Caribe, con énfasis en su papel frente a situaciones de violencia y discriminación.
- Analizar los aportes, alcances y limitaciones de dichas prácticas comunitarias en la generación de respuestas colectivas e incidencias políticas y sociales, orientadas a la defensa de derechos y a la transformación de contextos adversos.

Resultados

Los resultados que se presentan a continuación ofrecen una mirada integral al trabajo comunitario desarrollado por las organizaciones participantes, destacando tanto sus aportes como los retos que enfrentan en contextos de violencia y discriminación hacia las personas LGBTIQ+. En esta sección se describen las conceptualizaciones logradas, las prácticas comunitarias identificadas, las buenas prácticas que han generado logros, impactos e innovaciones de éxito, así como las experiencias destacadas que ilustran formas de resistencia y cuidado colectivo. Asimismo, se sistematizan las lecciones aprendidas, los desafíos persistentes y los vacíos y áreas desatendidas que requieren mayor atención para fortalecer los procesos de incidencia y transformación social en la región.

Conceptos y categorías clave del trabajo comunitario LGBTIQ+

Este apartado reúne los conceptos y categorías clave del trabajo comunitario LGBTIQ+, contruidos a partir del proceso de sistematización colectiva desarrollado con las organizaciones participantes. Se presentan como herramientas analíticas y políticas que orientan la acción comunitaria, permiten reconocer las prácticas y saberes contruidos en los territorios y ofrecen un marco común para fortalecer la incidencia y la transformación social en la región.

Conceptualización del trabajo comunitario: hacia una definición desde la territorialidad

Como se señaló en un inicio, conceptualizar la noción de trabajo comunitario constituye un desafío complejo, dado el carácter dinámico y heterogéneo de la sociedad civil. Además, esta noción adquiere múltiples formas según los tipos de violencia que atraviesan los territorios y las experiencias específicas de las personas LGBTIQ+.

A partir de la información recopilada en los cuatro encuentros virtuales con las 20 OSC participantes y el Encuentro Nacional de Organizaciones LGBTIQ+ con enfoque comunitario que se llevó a cabo en la ciudad de Bogotá, se evidenció que las organizaciones LGBTIQ+ de América Latina y el Caribe desarrollan prácticas orientadas a la solidaridad, el cuidado mutuo y la confianza, las cuales se sostienen en valores como la resiliencia, la ternura, la comunión y la persistencia. Estas prácticas se expresan en el acompañamiento entre pares, la construcción de alianzas estratégicas, la participación en iniciativas colectivas, la creación de espacios seguros y de cuidado compartido, así como en metodologías centradas en las personas y en la comunicación comunitaria para visibilizar experiencias y fortalecer el empoderamiento colectivo.

En este sentido, proponemos comprender el trabajo comunitario LGBTIQ+ como un proceso colectivo mediante el cual las personas sexo-género diversas no solo tejen vínculos de apoyo y (auto)cuidado, sino que también desarrollan capacidades para resistir, incidir y transformar las violencias estructurales que enfrentan. Se trata, por tanto, de una estrategia política y social esencial de la sociedad civil organizada, orientada a sostener la vida, ampliar derechos y fortalecer el poder colectivo.

Desde esta perspectiva, resulta indispensable priorizar la territorialidad y la diversidad dentro del trabajo comunitario, situando en el centro las agendas de grupos históricamente marginados, como las personas trans, las mujeres lesbianas y las comunidades afrodescendientes. Este enfoque contribuye a consolidar procesos articulados, sostenibles y transformadores, aun en contextos sociales hostiles.

Asimismo, cabe destacar que este trabajo ha trascendido los espacios locales para convertirse en una forma constante de existencia y resistencia, a través de la acción conjunta y la

construcción de un sentido de pertenencia a un tejido social que combina memoria histórica, resiliencia y fuerza colectiva para impulsar cambios tanto locales como nacionales.

De manera significativa, se reafirma la convicción de que *nadie se salva solo*: los derechos son interdependientes y requieren de la articulación con actores estratégicos en los territorios para potenciar su conquista y garantizar su reconocimiento. En consecuencia, el trabajo comunitario se fundamenta en la horizontalidad y la reciprocidad, integrando además una perspectiva interseccional que reconozca las múltiples opresiones derivadas de la orientación sexual, la identidad y expresión de género, la situación migratoria, la pertenencia étnica, la condición socioeconómica, el idioma, entre otras.

En este mismo sentido, debe entenderse como una acción política situada, tanto geográfica como poblacionalmente, que no solo surge de las bases culturales de cada territorio, sino que también implica la construcción de puentes con instituciones estatales y decisores políticos, con el objetivo de garantizar la inclusión de las agendas LGBTIQ+ en el diálogo político y la incidencia pública.

Respecto a los pasos siguientes en la conceptualización del trabajo comunitario, es importante subrayar que esta propuesta conceptual constituye apenas una aproximación inicial, condicionada por las limitaciones previamente señaladas. En este sentido, se considera necesario avanzar en un proceso continuo de reflexión colectiva que permita validar, enriquecer y fortalecer la definición aquí propuesta.

Este proceso buscará consolidar un concepto que sea, al mismo tiempo, representativo de la diversidad de las organizaciones y útil para orientar la acción y la incidencia política en favor de las personas LGBTIQ+ en la región. La conceptualización debe entenderse como un

ejercicio dinámico y participativo, construido en común y abierto a revisiones periódicas conforme se avanza en la práctica y se enfrentan nuevos retos.

Para lograrlo, se plantea la necesidad de profundizar el diálogo con las organizaciones integrantes de la red, de manera que puedan incorporarse las diversas experiencias y particularidades regionales. Asimismo, resulta fundamental desarrollar un marco metodológico que parta de los valores comunitarios ya identificados —como la resiliencia, la solidaridad, el cuidado mutuo y la identidad compartida— y que, a su vez, contemple prácticas efectivas de participación, construcción de alianzas y comunicación comunitaria.

La conceptualización deberá integrar también un reconocimiento explícito de las adversidades contextuales, tales como la transfobia o las restricciones institucionales, con el fin de orientar estrategias adaptadas a las realidades específicas de cada territorio. Del mismo modo, será indispensable definir indicadores y criterios que permitan evaluar y monitorear el impacto del trabajo comunitario en términos de fortalecimiento de capacidades, incidencia política y bienestar colectivo.

Finalmente, el proceso de conceptualización no puede estar desligado de la reflexión sobre los desafíos organizativos y logísticos que afectan la sostenibilidad de las redes de apoyo. En consecuencia, será necesario promover mecanismos de cuidado colectivo mutuo que fortalezcan la permanencia y la capacidad de acción de las organizaciones.

Concepto de Comunidad

La comunidad puede entenderse como un entramado vivo de personas, identidades y memorias que, desde la diversidad, se reconocen mutuamente como parte de un “nosotros” y se organizan para sostener la vida en común. Más allá de compartir características o experiencias, la comunidad surge como una juntanza de realidades compartidas, unidas tanto por las injusticias que enfrentan como por la fuerza de la resistencia colectiva.

En este sentido, la comunidad es también una construcción cultural, ética y espiritual, en la que se tejen vínculos, prácticas y sentidos que configuran una idiosincrasia común. Se funda en el reconocimiento de la otredad y de la singularidad, entendidas no como divisiones, sino como bases para la construcción de lo colectivo.

La comunidad se articula, entonces, en torno a relaciones y vínculos que se expresan en un espacio, un tiempo y una cultura compartida, y que encuentran en la unión frente a carencias, obstáculos e intereses comunes la posibilidad de generar procesos de transformación social. En suma, la comunidad es al mismo tiempo un espacio de cuidado, resistencia y creación, donde se cultiva la vida digna y se fortalece el poder colectivo.

Concepto de Comunicación Comunitaria

La comunicación comunitaria es un proceso colectivo, horizontal y participativo mediante el cual las comunidades intercambian ideas, saberes y experiencias para fortalecer sus vínculos internos y proyectar sus voces hacia lo externo. Se trata de una comunicación hecha por y para las comunidades, orientada a transformar realidades, sostener la vida en común y generar sentidos compartidos que reconozcan la diversidad y la singularidad de sus integrantes.

Este tipo de comunicación se construye desde la horizontalidad y el diálogo entre pares, creando códigos comunes, lenguajes populares y accesibles que facilitan la inclusión y la comprensión mutua. Implica escuchar y escucharnos, reconocer lo que queremos decir y a quiénes, y resignificar nuestras narrativas como parte de un proceso de construcción de lo colectivo.

Además, la comunicación comunitaria se configura como una herramienta política y pedagógica: aporta información, conocimiento y formación de base; impulsa diagnósticos y planificaciones conjuntas; y acompaña la acción y la evaluación de los procesos colectivos. En suma, constituye un espacio de encuentro, intercambio y co-creación que permite resistir, incidir y transformar desde las voces y perspectivas propias de las comunidades.

Concepto de Estrategias para el cambio social

Las estrategias para el cambio social son procesos planificados, participativos, plurales e inclusivos que buscan transformar las realidades existentes y generar condiciones más justas e igualitarias. Se fundamentan en la educación, la sensibilización, la participación ciudadana, las alianzas, la incidencia política y el empoderamiento, entendidos como ejes que fortalecen las capacidades colectivas y potencian el poder comunitario.

Estas estrategias se construyen desde el trabajo de base y la formación colectiva, a través de canales de diálogo y acción que se desarrollan de manera conjunta. Su finalidad es incidir en las estructuras sociales, culturales y políticas, impulsando transformaciones sostenibles que reconozcan la diversidad, promuevan la justicia social y fortalezcan la participación de las comunidades en la toma de decisiones.

Buenas prácticas: Logros e impactos, innovaciones de éxito y experiencias destacadas

Gracias al trabajo comunitario de las organizaciones LGBTIQ+ en América Latina y el Caribe, se identificaron diversas buenas prácticas que reflejan logros, impactos, innovaciones y experiencias significativas recogidas en relatos compartidos en los encuentros virtuales y presenciales. Estas prácticas, que se presentan a continuación, combinan experiencias concretas con ejes de acción transversales que orientan el trabajo comunitario en la región.

Fortalecimiento comunitario y redes de apoyo

El corazón del trabajo comunitario está en la creación de espacios de intercambio, contención y sostén, donde se brinda acompañamiento mutuo y se fortalecen los lazos solidarios. Ejemplo de ello son las Casas de Paz en Colombia, impulsadas por Caribe Afirmativo, que funcionan como espacios seguros para personas LGBTIQ+ afectadas por el conflicto armado, la violencia estructural y en general, se convirtieron en epicentros de trabajo comunitario para las personas LGBTIQ+ que transitan y habitan el territorio.

A estas experiencias se suman las **asesorías psicosociales**, entendidas como espacios de acompañamiento individual y grupal orientados al cuidado de la salud mental, la prevención de la revictimización y el fortalecimiento de las capacidades emocionales y sociales de las personas LGBTIQ+. Estas asesorías buscan ofrecer herramientas para reconstruir proyectos de vida en contextos de violencia y exclusión, al mismo tiempo que generan entornos seguros de escucha y apoyo mutuo.

El **trabajo con personas pares** constituye otra práctica fundamental, ya que se basa en la creación de vínculos horizontales entre personas que comparten experiencias y trayectorias similares. Esta modalidad de acompañamiento no solo refuerza la confianza y la legitimidad de los procesos, sino que también potencia la empatía, el aprendizaje mutuo y la identificación de soluciones desde la propia comunidad.

Finalmente, los **procesos de conocimiento colectivo** se expresan en la construcción de saberes compartidos a través de talleres, espacios de diálogo y ejercicios de memoria comunitaria. Se trata de dinámicas que reconocen la experiencia vivida como fuente legítima de conocimiento, permitiendo sistematizar prácticas, identificar aprendizajes comunes y producir herramientas colectivas que fortalecen la acción organizativa y la incidencia política.

Además, las **redes de colaboración multisectorial** han permitido la creación de centros culturales comunitarios en Argentina y Colombia, que han integrado la diversidad sexual en las agendas públicas. Estos centros funcionan como nodos de articulación que conectan a la sociedad civil con el ámbito cultural y político, ampliando el impacto del trabajo comunitario y favoreciendo la construcción de alianzas más amplias.

Estas prácticas han fortalecido la cohesión social en territorios vulnerados y se han convertido en modelos replicables para construir redes de apoyo en otros países atravesados por contextos de violencia y desigualdad contra las personas LGBTIQ+.

Reconocimiento y respeto a los procesos comunitarios étnico-racializados.

Una práctica fundamental consiste en reconocer y fortalecer los procesos ya existentes en las comunidades étnico-racializadas, evitando imponer dinámicas externas y respetando sus tiempos, lenguajes y espacios propios. Este enfoque asegura que las intervenciones respondan a las necesidades reales de la población y que se trabaje **con** y **para** las comunidades, y no desde fuera de ellas. Esto resulta especialmente relevante en el caso de los pueblos indígenas, donde la diversidad sexual se ha visibilizado a través de sus propios miembros.

En países como Colombia, Bolivia, Perú, Ecuador, México y Guatemala, diversas OSC LGBTIQ+ han establecido vínculos significativos con comunidades indígenas, en un esfuerzo por reconocer y legitimar la diversidad sexual en sus contextos. Estos procesos han representado avances notables en la construcción de una agenda interseccional indígena-LGBTIQ+. Entre las experiencias destacables se encuentran *Las Mariposas del Café* y *OJURBI* en Colombia.

Del mismo modo, en este país, la Convergencia Afrocolombiana ha demostrado cómo un enfoque interseccional permite articular las luchas de colectivos afrodescendientes y LGBTIQ+, visibilizando opresiones múltiples y ampliando las agendas comunitarias. Asimismo, se han impulsado alianzas con actores estratégicos no LGBTIQ+, lo que ha favorecido la expansión del activismo y la consolidación de un campo político identitario más inclusivo.

En conjunto, estas experiencias han fortalecido la garantía, legitimidad y sostenibilidad de las acciones comunitarias desde una perspectiva interseccional, evitando imposiciones externas y promoviendo aprendizajes que inspiran intervenciones respetuosas y culturalmente pertinentes en toda la región.

Producción de saberes, memoria y metodologías

Las organizaciones han apostado por la **sistematización de sus experiencias comunitarias** como una estrategia de aprendizaje colectivo y de réplica en otros contextos. A través de este ejercicio han producido **guías, metodologías y evidencia** que documentan buenas prácticas y fortalecen la **incidencia política**, al traducir las luchas locales en insumos concretos para la transformación institucional y social.

Un ejemplo emblemático de este esfuerzo es la **instalación de una placa simbólica en la Universidad de Mar del Plata (Argentina)**, resultado de años de trabajo sostenido con activistas, académicos y movimientos sociales. Esta acción, concebida inicialmente como un gesto de memoria histórica, abrió camino a la implementación de un **cupo laboral trans** dentro de la universidad, demostrando cómo las prácticas de reconocimiento simbólico pueden convertirse en **políticas públicas vinculantes** con impacto directo en la vida de las personas.

En Colombia, la **sistematización de las Casas de Paz** ha permitido consolidar estos espacios como escenarios de diálogo, reconciliación y construcción comunitaria. Estas iniciativas han servido para visibilizar las voces de personas LGBTIQ+ en contextos de conflicto y posconflicto, y para generar aprendizajes útiles que orientan políticas de paz inclusiva en el país. De manera complementaria, el **“Morral para la Integración”** se ha convertido en una herramienta pedagógica innovadora, diseñada para promover la cohesión social entre comunidades de acogida y personas venezolanas LGBTIQ+ en situación de movilidad humana. A través de dinámicas lúdicas, materiales educativos y actividades de reflexión, este recurso ha favorecido el reconocimiento mutuo, el desmonte de prejuicios y la construcción de lazos solidarios en territorios donde la migración plantea retos particulares.

Estas experiencias muestran que la **memoria histórica y colectiva** no solo preserva el legado de las luchas, sino que también puede **proyectarse en acciones transformadoras** capaces de incidir en marcos normativos y en cambios sociales de mayor alcance. En este sentido, la producción de saberes comunitarios nutre la capacidad de incidencia de los movimientos sociales en toda la región, al ofrecer **herramientas y metodologías transferibles** que fortalecen agendas comunes y amplían las posibilidades de **reconocimiento y garantía de derechos** para las personas LGBTIQ+ y otras poblaciones históricamente marginadas.

Prácticas culturales y espacios de visibilidad

La cultura se ha consolidado como una herramienta clave de resistencia y transformación de imaginarios. Destaca el documental cubano sobre diversidad sexual, articulado por mujeres sexo-género diversas, que fortaleció el sentido de pertenencia y visibilizó nuevas narrativas.

Asimismo, se resaltan prácticas diversas que fortalecen la participación y visibilización de las personas LGBTIQ+. Las marchas del orgullo han sido escenarios de celebración, resistencia y reivindicación política en distintos territorios. Las barriadas populares en municipios periféricos acercan el activismo a contextos marginados, ampliando su alcance. El teatro como herramienta pedagógica se ha convertido en un medio creativo para reflexionar sobre la diversidad y los derechos. La creación de espacios para niñeces y adolescencias LGBTIQ+ fomenta el desarrollo integral, la libertad y la dignidad de las nuevas generaciones.

A esto se suman acciones de movilización comunitaria como las besatonas, que desafían la discriminación en el espacio público; los plantones, que exigen garantías de derechos frente a instituciones; y las ollas comunitarias, que fortalecen el tejido social y la solidaridad en medio de la adversidad. Estas expresiones culturales multiplican la visibilidad en territorios periféricos y marginados, generando referentes que fortalecen la identidad LGBTIQ+ en la región y promueven un cambio cultural más amplio.

Incidencia política y alianzas estratégicas

Las OSC participantes han desarrollado iniciativas clave para la defensa y promoción de los derechos de poblaciones históricamente marginadas. Una de ellas ha sido el acompañamiento jurídico, que ofrece a víctimas de violencia y discriminación asesoría especializada, representación en procesos judiciales y acompañamiento en trámites administrativos. Estas acciones no solo han mejorado el acceso a la justicia, sino que también han generado precedentes que fortalecen la protección legal de las personas LGBTIQ+ y de otras comunidades vulnerables.

De manera complementaria, la creación de defensorías comunitarias ha permitido establecer mecanismos cercanos y accesibles de apoyo, donde liderazgos locales se forman y actúan como primeros puntos de contacto ante casos de vulneración de derechos. Estas defensorías funcionan como puentes entre la comunidad y las instituciones, procurando evitar la revictimización y generando confianza en escenarios donde el Estado suele estar ausente o actuar de forma limitada.

Otro frente de trabajo ha sido la formación con funcionariado público, dirigida a sensibilizar y capacitar a servidores y servidoras en temas de diversidad sexual, identidad de género y derechos humanos. Estos procesos buscan transformar prácticas institucionales, mejorar la atención a víctimas y garantizar que las políticas públicas respondan a las realidades específicas de cada comunidad.

Finalmente, la construcción de rutas de atención para comunidades vulnerables ha permitido establecer procedimientos claros y articulados que orientan tanto a la ciudadanía como a las entidades sobre cómo actuar frente a situaciones de violencia o exclusión. Al definir responsabilidades y pasos de acción, estas rutas mejoran la coordinación institucional y aseguran respuestas más oportunas y efectivas.

En conjunto, estas prácticas no solo tienen un impacto directo en la vida de las comunidades, sino que también han fortalecido la capacidad de incidencia política más allá de las fronteras nacionales. Al generar aprendizajes y modelos replicables, las OSC contribuyen a la consolidación de agendas comunes en la región y a la construcción de marcos normativos más inclusivos, que reconocen la diversidad y amplían las garantías de derechos a nivel internacional.

Comunicación comunitaria como catalizador de cambio social

La comunicación comunitaria se entiende como un proceso participativo de construcción de narrativas, basado en la horizontalidad y el reconocimiento mutuo. Un ejemplo destacado de estas estrategias es la realización de un cortometraje sobre la vida de una mujer trans en Argentina, concebido como una herramienta pedagógica y de comunicación comunitaria. La pieza relata el tránsito de la protagonista desde una posición burguesa y acomodada hacia un proceso de conciencia crítica sobre la lucha de clases y el valor del conocimiento dentro de un sistema heteropatriarcal. Este relato, lejos de centrarse únicamente en la dimensión individual, ha abierto la posibilidad de discutir cómo las trayectorias personales se entrelazan con las estructuras sociales y políticas.

Frente a ello, es importante comprender también las identidades trans desde lugares disidentes y problematizadores, alejados de visiones hegemónicas o burguesas que suelen dominar los discursos sobre diversidad sexual y de género. De este modo, el video se convirtió en una herramienta para cuestionar los límites de las representaciones dominantes y para reivindicar la potencia de miradas críticas en la producción de saberes.

En conjunto, estas estrategias no solo generan debates profundos sobre clase, conocimiento y perspectivas disidentes, sino que también contribuyen a fortalecer la transformación cultural y social, al situar la comunicación comunitaria como eje central de la acción política y pedagógica.

Fortalece la capacidad de los movimientos LGBTIQ+ de contrarrestar narrativas antiderechos y construir un relato colectivo regional, posicionando el trabajo comunitario como motor de transformación social.

Otra estrategia significativa ha sido la Casa Móvil de las Diversidades en Colombia, concebida como una herramienta itinerante que viaja por barrios, veredas y municipios para llevar mensajes y actividades pedagógicas en torno a los derechos LGBTIQ+, la memoria histórica y la cohesión social.

La Casa Móvil no solo se ha limitado a informar, sino que también ha funcionado como un espacio de encuentro donde las personas LGBTIQ+ se reconocen, dialogan y construyen colectivamente. En cada sesión se desarrollan actividades como talleres creativos, foros abiertos, narraciones orales y/o intervenciones artísticas que permiten a las personas expresar sus experiencias, compartir saberes locales y resignificar sus identidades desde un enfoque crítico y transformador.

El carácter móvil refuerza la idea de que la comunicación y la diversidad no tienen fronteras fijas, sino que se desplazan, se adaptan y generan vínculos en cada territorio. Así, la Casa Móvil se convierte en un símbolo de resistencia y pedagogía popular, que conecta comunidades diversas, visibiliza sus luchas y fortalece el tejido social. Más que un vehículo, la Casa Móvil de las Diversidades es una metáfora viviente: una casa que, en lugar de encerrar, abre sus puertas en movimiento para que las voces marginadas ocupen el centro de la conversación pública.

Sostenibilidad y autonomía

Finalmente, las organizaciones han avanzado en procesos de autonomía económica, entendiendo que el desarrollo económico comunitario no es únicamente una estrategia de supervivencia, sino una vía fundamental para superar desigualdades estructurales, garantizar la dignidad material y reconstruir proyectos de vida truncados por la exclusión y la violencia. Esta apuesta se ha traducido en iniciativas productivas propias, modelos de economía solidaria y formas colectivas de generación de ingresos que ponen en el centro la redistribución, la cooperación y el bienestar común.

A este esfuerzo se suma el fortalecimiento de la transparencia en los procesos organizativos, lo que permite consolidar prácticas de rendición de cuentas hacia las comunidades y hacia los aliados estratégicos. La claridad en el manejo de los recursos y la apertura en la toma de decisiones fortalecen la confianza interna, legitiman las acciones colectivas y aseguran la sostenibilidad de los procesos en el tiempo.

Esta apuesta por la autonomía financiera y la sostenibilidad organizativa no solo garantiza la continuidad de las luchas comunitarias más allá de la disponibilidad de fondos externos, sino que también ofrece un horizonte replicable en la región. Al reducir la dependencia de recursos temporales y de agendas externas, estas prácticas fortalecen la capacidad de los movimientos para definir sus propias prioridades, consolidar su incidencia política y multiplicar sus aprendizajes en otros contextos latinoamericanos, contribuyendo así a la construcción de un campo político autónomo, inclusivo y duradero.

Lecciones aprendidas y desafíos persistentes

Las experiencias compartidas por las OSC revelan valiosas lecciones aprendidas a lo largo de sus procesos de trabajo comunitario. En primer lugar, se reconoce la riqueza que aporta la diversidad de experiencias de cada organización, cuyo intercambio constante de conocimientos y buenas prácticas resulta fundamental para fortalecer las estrategias colectivas. Esta dinámica ha permitido que las organizaciones desarrollen una resiliencia significativa, fruto de años de lucha en contextos adversos, y se ha evidenciado una disposición creciente de las comunidades a articularse de manera solidaria y colaborativa. Asimismo, la incorporación de metodologías especializadas, centradas en el individuo, representa un recurso esencial que aporta herramientas concretas para la acción conjunta, incrementando la efectividad de las intervenciones.

Otro aprendizaje clave es la importancia de consolidar alianzas estratégicas que permitan diversificar las fuentes de financiamiento, disminuyendo la dependencia de actores externos y asegurando así la sostenibilidad de los procesos comunitarios en el tiempo. En relación con esto, el trabajo con aliados tanto de la sociedad civil como institucionales contribuye a la construcción de procesos colectivos más sólidos y sostenibles, ampliando el alcance y la incidencia política de estas redes. Sin embargo, es también destacable que poder relacionarse con la institucionalidad se vuelve más complejo cuando el objeto social de las organizaciones sociales son los derechos humanos desde la perspectiva LGBTIQ+, esto principalmente causado por el avance de los grupos antiderechos en la región. En esa línea, se destaca la necesidad urgente de dar visibilidad a las agendas de los grupos históricamente marginados dentro de la población LGBTIQ+ —como mujeres lesbianas, comunidades afrodescendientes y personas trans—, de manera que sus luchas y aportes sean reconocidos en los espacios de articulación e incidencia, promoviendo así un enfoque inclusivo y representativo.

Sin embargo, existen aún algunos retos que siguen afectando la consolidación y el impacto de estas organizaciones en su ejercicio cotidiano de defensa de derechos humanos. Por ejemplo, la coordinación entre múltiples actores se revela como una tarea compleja, especialmente en contextos donde el tiempo y los recursos son limitados, dificultando la implementación efectiva de proyectos, así como el poco interés institucional en los temas de género. Complementariamente, existen barreras logísticas y condiciones externas, muchas veces fuera del control de las OSC, que impactan negativamente en su capacidad operativa.

Por otro lado, la sostenibilidad de las redes de trabajo comunitario en el tiempo continúa siendo un desafío importante, pues requiere no solo recursos materiales, sino también una capacidad constante de liderazgo y gestión humana, así como del tiempo de activistas que muchas veces deben decidir entre ejercer su liderazgo social o conseguir el sustento vital. Adicionalmente, en el plano interno, se identifican riesgos relacionados con la generación de jerarquías dentro de las redes, especialmente cuando conviven organizaciones de distinto tamaño, lo cual puede debilitar la comunicación y confianza mutua; esto se vuelve especialmente sensible cuando se pone sobre la mesa que existen OSC que terminan acaparando la mayoría de los recursos de cooperación internacional sin estrategias de fortalecimiento para otras organizaciones de base.

Además, la persistencia de actitudes transfóbicas, clasistas, xenofóbicas, etc., en ciertos espacios de juntanza entre organizaciones sociales limita la inclusión plena y el fortalecimiento comunitario. Estas expresiones de exclusión no solo afectan la participación de las personas trans, sino que también generan tensiones internas que debilitan la confianza y dificultan la construcción de alianzas estratégicas. En consecuencia, se restringe el potencial transformador del trabajo comunitario, pues se reproduce dentro de los propios espacios colectivos una de las violencias estructurales que se busca superar. Abordar de manera consciente y sostenida estas dinámicas resulta fundamental para garantizar procesos más inclusivos, solidarios y coherentes con los valores que orientan la acción comunitaria.

Otro desafío relevante es la ausencia de liderazgos comunitarios consolidados en algunos territorios, lo que dificulta la construcción de procesos autogestionados y sostenibles. La falta de referentes claros y legitimados dentro de las comunidades genera vacíos en la toma de decisiones, limita la capacidad de incidencia y, en algunos casos, favorece la dispersión de esfuerzos. En contextos atravesados por violencias estructurales y desigualdades, esta carencia de liderazgos sólidos reduce las posibilidades de generar continuidad y apropiación de los procesos comunitarios.

A ello se suma que, en la era digital, el mal uso o la gestión inadecuada de las tecnologías puede fragmentar la comunicación en lugar de potenciarla. Este desafío es aún más evidente en organizaciones de países como Cuba o Venezuela, donde las restricciones de acceso a internet, la censura, los altos costos de conectividad y la limitada infraestructura tecnológica dificultan la articulación fluida entre colectivos. Estas limitaciones, sumadas a las diferencias en las competencias digitales entre personas activistas, generan desigualdades internas que debilitan la cohesión de las redes, las cuales, de no ser abordadas de manera estratégica, pueden obstaculizar la circulación de información clave, reducir el impacto de las acciones comunitarias y profundizar la fragmentación.

Otro obstáculo central que condiciona la continuidad y el impacto de las intervenciones. La dependencia de recursos temporales o fragmentados impide consolidar procesos de largo plazo y debilita la sostenibilidad de las organizaciones. Esta situación genera un círculo de vulnerabilidad que afecta tanto la planificación estratégica como la capacidad de respuesta frente a contextos cambiantes, reproduciendo la precariedad que las mismas iniciativas comunitarias buscan superar. A ello se suma la necesidad de promover una descentralización de acciones, recursos y capacidades técnicas, financieras y humanas, de modo que el

fortalecimiento organizativo y comunitario no quede concentrado en unos pocos actores, sino que pueda distribuirse equitativamente y potenciar el alcance de las iniciativas en los territorios.

A pesar de estos obstáculos, el trabajo comunitario sigue siendo una estrategia central para enfrentar las múltiples formas de violencia y discriminación que afectan a las personas LGBTIQ+. La construcción de confianza, el tejido de comunidad y el fortalecimiento del sentido de pertenencia se consolidan como pilares que permiten a las organizaciones resistir en contextos hostiles y avanzar en procesos de transformación social. El énfasis en la colectividad, la memoria histórica y la acción conjunta se erige como motor de la lucha, mientras que la experiencia compartida demuestra que la resiliencia y la juntanza son elementos clave para robustecer estos esfuerzos en la búsqueda de justicia, inclusión y respeto por la diversidad.

Vacíos y áreas desatendidas: el futuro del trabajo comunitario

El diagnóstico permitió identificar un conjunto de vacíos y áreas que requieren mayor atención para fortalecer el trabajo comunitario en la región. En primer lugar, se resaltó la necesidad de articularse con otras redes y plataformas que ya trabajan en temas afines, especialmente como estrategia para ampliar el impacto de las acciones frente a instituciones y agencias gubernamentales. Esta articulación se plantea como un paso clave para potenciar la capacidad de incidencia y garantizar que las demandas comunitarias logren posicionarse en espacios de decisión más amplios.

Otro desafío identificado fue la urgencia de centrar la discusión en los territorios, evitando que las reflexiones se diluyan en escenarios excesivamente generales. Reconocer las especificidades locales resulta fundamental para que las estrategias de resistencia y cuidado respondan de manera efectiva a las realidades concretas de las comunidades LGBTIQ+ en cada país. En este marco, también se subrayó la importancia de emprender esfuerzos regionales de observación y monitoreo en dos áreas críticas: los discursos de odio y la situación de las personas defensoras de derechos humanos.

Un aspecto de especial preocupación es que los discursos de odio han experimentado una transformación significativa: hoy se expresan de manera más discreta y sofisticada, lo que dificulta su identificación y sanción. Además, se ha consolidado un discurso antiderechos mainstream, con gran capacidad de penetración social y política, frente al cual resulta urgente diseñar estrategias de respuesta y contranarrativas que visibilicen sus impactos y fortalezcan el trabajo comunitario.

Por otra parte, se hizo hincapié en la visibilización y comunicación de la red de trabajo comunitario, reconociendo el gran vacío existente sobre este tema a nivel regional. Aunque no es posible comunicarlo todo, se propone avanzar en la construcción de narrativas comunes que permitan posicionar el valor del trabajo comunitario y sus aportes a la transformación social. En este sentido, la red fue identificada como un eje entretejedor del trabajo comunitario, con el potencial de superar diferencias entre pares y consolidar una voz colectiva. Este esfuerzo comunicativo y político requiere, además, prestar atención inmediata a las vidas trans, históricamente situadas entre las más precarizadas y menos atendidas. Priorizar sus experiencias y agendas dentro de la red constituye no solo un acto de justicia, sino también un ejercicio imprescindible para que el trabajo comunitario responda a las

realidades más urgentes, reconociendo que sin ellas no es posible hablar de inclusión ni de transformación social efectiva.

Asimismo, se señaló la ausencia de una agenda comunitaria concreta que articule de manera sistemática las prioridades, demandas y estrategias de las organizaciones en la región. Esta carencia ha limitado la capacidad de incidencia conjunta y la visibilidad del trabajo comunitario en escenarios más amplios. De ahí la importancia de este documento, que se presenta como un primer paso hacia la construcción colectiva de una agenda compartida, capaz de orientar las acciones, fortalecer la articulación regional y posicionar con mayor fuerza el valor político y social del trabajo comunitario LGBTIQ+.

Otro aspecto señalado fue la invisibilización de las personas adultas mayores y de aquellas con discapacidad LGBTIQ+, cuyas experiencias, necesidades y aportes suelen quedar relegados tanto en el trabajo comunitario como en las políticas públicas. Esta exclusión refuerza múltiples capas de vulnerabilidad y limita el alcance real de las estrategias inclusivas. Reconocer y situar en el centro sus voces resulta fundamental para garantizar que el trabajo comunitario sea verdaderamente interseccional, asegurando procesos que contemplen el ciclo de vida, la accesibilidad y el derecho a vivir con dignidad en todas las etapas y realidades diversas.

Un desafío recurrente en la región es el déficit de rutas claras de atención frente a crímenes de odio y violencias motivadas por prejuicio. En muchos contextos, estos mecanismos de respuesta no existen o, cuando han sido formulados, son desconocidos por las propias comunidades y operadores institucionales. Esto genera vacíos en la protección y en el acceso a la justicia, profundiza la impunidad y revictimiza a las personas LGBTIQ+, quienes a menudo se ven obligadas a enfrentar procesos desgastantes o a desistir de denunciar por

falta de confianza en las instituciones. Fortalecer y visibilizar dichas rutas constituye una tarea urgente para garantizar una atención efectiva, digna y articulada frente a estas violencias.

Finalmente, se sugirió la realización de un análisis comunicacional orientado a revisar las estrategias empleadas hasta ahora para identificar al enemigo común en los discursos de odio y definir acciones conjuntas para enfrentarlos. Este tipo de análisis permitiría no solo comprender mejor la dinámica de los discursos antiderechos, sino también potenciar la capacidad de respuesta, la sostenibilidad y la legitimidad de las organizaciones comunitarias en la región.

Conclusiones

El recorrido realizado en este informe ha permitido adentrarse en la compleja, diversa y potente experiencia del trabajo comunitario de las organizaciones LGBTIQ+ de América Latina y el Caribe. Por ello, la reflexión colectiva adelantada en los encuentros virtuales, las narrativas compartidas y las buenas prácticas sistematizadas muestran con claridad que, a pesar de las múltiples adversidades, este tipo de trabajo se erige como una de las estrategias más sólidas para sostener la vida, garantizar la dignidad y avanzar en la transformación social y la defensa de los derechos humanos.

En primer lugar, es fundamental resaltar que el trabajo comunitario no puede ser entendido como una práctica homogénea, sino como un entramado diverso que responde a los contextos particulares de cada territorio y a las identidades que se articulan en estos. Dicha heterogeneidad en las experiencias recogidas evidencia que no existe una única manera de concebirlo ni de implementarlo, sin embargo, se presentan algunos rasgos comunes que

permitieron poder construir una propuesta conceptual. Estos rasgos comunes son la centralidad del cuidado, la solidaridad, la resiliencia y la búsqueda de justicia frente a las violencias estructurales. De allí se propone entender el trabajo comunitario LGBTQ+ como un proceso colectivo mediante el cual las personas sexo-género diversas no solo construyen vínculos de apoyo y cuidado mutuo, sino también capacidades para resistir, incidir y transformar las realidades adversas que enfrentan.

En segundo lugar, la sistematización permitió reconocer buenas prácticas que dan cuenta de logros e innovaciones concretas. Desde la visibilización de las personas trans en universidades argentinas, pasando por la producción cultural como herramienta de resistencia en Cuba, hasta las Casas de Paz en Colombia y las articulaciones interseccionales con movimientos afrodescendientes, las experiencias documentadas muestran cómo el trabajo comunitario trasciende la acción local para convertirse en un motor de transformación más amplio. Estos ejemplos son prueba del enorme potencial que tiene la acción colectiva cuando se nutre de valores compartidos y de la convicción de que las juntanzas pueden generar cambios tangibles en los imaginarios sociales, en las estructuras institucionales y en la vida cotidiana de las comunidades.

Al mismo tiempo, la reflexión también arrojó lecciones aprendidas que resultan claves para orientar futuros esfuerzos. Una de ellas es la importancia de la articulación interorganizacional como fuente de riqueza, pues el intercambio de saberes y experiencias entre organizaciones ha sido fundamental para fortalecer la resiliencia y generar estrategias más inclusivas. Otra lección es la necesidad de consolidar alianzas estratégicas y redes de colaboración multisectoriales que garanticen sostenibilidad y amplíen los márgenes de incidencia política, en especial con el sector público y los gobiernos locales. De igual forma,

quedó claro que la comunicación comunitaria, y en particular el uso del storytelling, ha sido un eje transversal para fortalecer la confianza y el empoderamiento colectivo, consolidándose como una herramienta política y cultural de primer orden.

Sin embargo, como vimos, no todo son fortalezas. El camino recorrido también pone en evidencia los desafíos persistentes que limitan el alcance y la sostenibilidad del trabajo comunitario. La ausencia de liderazgos consolidados en algunos territorios genera vacíos que dificultan la autogestión y la continuidad de los procesos. Las tensiones internas, como la persistencia de actitudes transfóbicas, clasistas y racistas en ciertos espacios de articulación, constituyen un recordatorio de que las luchas contra la discriminación deben entenderse de manera integral e interseccional. Además, las brechas digitales y las restricciones tecnológicas en países como Cuba y Venezuela y en regiones apartadas de otros países muestran que la era digital, en lugar de democratizar la comunicación, puede convertirse en una barrera que profundiza desigualdades. A ello se suma la dificultad recurrente de acceder a financiamiento estable, que condena a muchas organizaciones a la precariedad y limita la posibilidad de consolidar procesos de largo plazo y de impacto regional.

Asimismo, también pudieron ser identificados **vacíos y áreas desatendidas** que parecen haber quedado rezagadas en los avances hechos hasta ahora. En primer lugar, se evidenció la urgencia de articular con otras redes de la región, como estrategia para aumentar el impacto de las acciones con instituciones y agencias gubernamentales, puesto que se presentan un sinnúmero de estas que muchas veces se vuelven ejercicios estériles con el pasar del tiempo.

De igual manera, se subrayó la importancia de emprender esfuerzos regionales, dejando de lado diferencias entre organizaciones para lograr un bien mayor, esto especialmente en cuanto a los ejercicios de observación frente a los discursos de odio y la situación de las

personas defensoras de derechos humanos, puesto se presentan varios ejercicios paralelos que no han tenido ningún tipo de acercamiento, lo cual reduce indirectamente el potencial transformador del trabajo comunitario en términos regionales. En este sentido, persiste un vacío significativo en la **visibilización y comunicación del trabajo comunitario a nivel regional**, un ámbito en el que aún queda un largo camino por recorrer

Estos discursos de odio, además, han experimentado una transformación, ya que hoy se manifiestan de manera más discreta y sutil, dificultando su detección al tiempo que se consolida cada vez más como parte del mainstream, lo cual exige diseñar estrategias renovadas y más sofisticadas para enfrentarlo. Es por ello que se destacó la importancia de avanzar hacia un **análisis comunicacional** que permita identificar al enemigo común en los discursos de odio y elaborar respuestas colectivas, reconociendo el papel de la red como eje articulador capaz de superar diferencias entre pares y fortalecer la acción conjunta.

En este panorama, **la conceptualización del trabajo comunitario se vuelve no solo un ejercicio académico, sino una necesidad política y práctica**. Contar con un concepto construido colectivamente permite a las organizaciones LGBTIQ+ de la región dotarse de un marco común para orientar sus acciones, dialogar con otros actores sociales y políticos, y fortalecer sus estrategias de incidencia. No se trata de imponer una definición rígida, sino de abrir un horizonte compartido que recoja la riqueza de las experiencias locales y que sea lo suficientemente flexible para revisarse, adaptarse y enriquecerse con el tiempo.

Este proceso de conceptualización debe avanzar en varias direcciones. En primer lugar, requiere un diálogo más profundo con las organizaciones de base, garantizando que las voces históricamente marginadas —como mujeres lesbianas, personas trans y comunidades afrodescendientes— sean centrales en la construcción de significados. En segundo lugar,

necesita de un marco metodológico que vincule los valores comunitarios con prácticas concretas, de modo que la definición no se quede en el plano abstracto, sino que tenga utilidad práctica para guiar procesos y orientar políticas.

En tercer lugar, implica reconocer de manera explícita las adversidades contextuales, como la transfobia, la violencia política o las restricciones institucionales, pues solo a partir de su visibilización es posible diseñar estrategias realmente efectivas y situadas. Del mismo modo, exige el desarrollo de indicadores y criterios de evaluación que permitan medir de forma participativa el impacto del trabajo comunitario en dimensiones como el fortalecimiento de capacidades, la cohesión social, la incidencia política y el bienestar colectivo.

A lo largo de este informe ha quedado en evidencia que, a pesar de los obstáculos señalados, el trabajo comunitario sigue siendo una de las respuestas más efectivas frente a la violencia y la discriminación. Su fuerza radica en la construcción de confianza, el fortalecimiento del sentido de pertenencia y la capacidad de generar vínculos solidarios en contextos donde predomina la exclusión. En un escenario regional marcado por el avance de los discursos antiderechos y las crecientes restricciones a las organizaciones sociales, el trabajo comunitario se convierte en una trinchera de resistencia, pero también en un laboratorio de innovación social que apunta hacia formas más justas, inclusivas y sostenibles de convivencia.

En conclusión, el camino hacia el posicionamiento del trabajo comunitario LGBTIQ+ en América Latina y el Caribe como eje transformador del desprecio por la diferencia en inclusión plena está apenas comenzando. Este documento ha propuesto una primera aproximación de conceptualización y sistematización, fruto del diálogo y la reflexión compartida, pero su validez dependerá de la capacidad de las organizaciones de apropiarlo, discutirlo, enriquecerlo y transformarlo. Este informe no debe entenderse como un punto de

llegada, sino como un proceso en permanente construcción, un ejercicio colectivo que evoluciona junto con las luchas, los contextos y las personas que lo hacen posible.

El reto ahora es sostener y ampliar esta conversación, garantizando que el trabajo comunitario LGBTIQ+ no solo represente la diversidad de experiencias de 20 OSC de América Latina y el Caribe, sino que también sirva como herramienta para orientar la acción política, fortalecer la incidencia y consolidar redes que hagan frente a los desafíos de las personas sexo-género diversas en toda la región. En última instancia, lo que está en juego es la posibilidad de que las personas LGBTIQ+ encuentren en el trabajo comunitario no solo un espacio de resistencia, sino un camino para vivir con dignidad, justicia e igualdad en sociedades que históricamente les han negado esos derechos.

El futuro del trabajo comunitario LGBTIQ+ dependerá, en gran medida, de la capacidad de mantener viva la juntanza, de cuidar los vínculos construidos y de seguir apostando por la solidaridad como principio rector. Solo así será posible transformar las violencias en oportunidades de acción colectiva, convertir las adversidades en aprendizajes y sostener procesos que, más allá de resistir, sean capaces de imaginar y construir un porvenir distinto, más justo e inclusivo para todas las personas.

Recomendaciones

Para organizaciones comunitarias

- Fortalecer liderazgos colectivos y horizontales que garanticen la sostenibilidad de los procesos y eviten la concentración de recursos y decisiones.
- Promover espacios seguros y de cuidado colectivo que incluyan de manera activa a mujeres lesbianas, personas trans y comunidades afrodescendientes.
- Desarrollar capacidades en gestión digital y comunicación comunitaria, especialmente en contextos con limitaciones tecnológicas, para mejorar la articulación y circulación de información.
- Implementar mecanismos de evaluación participativa que permitan medir el impacto del trabajo comunitario en incidencia política, cohesión social y bienestar colectivo.
- Consolidar procesos de memoria histórica y producción cultural como herramientas de resistencia, visibilización y fortalecimiento del sentido de pertenencia.

Para cooperación internacional

- Diseñar esquemas de financiamiento flexibles, estables y de largo plazo que garanticen la sostenibilidad de los procesos comunitarios más allá de proyectos cortos o fragmentados.
- Priorizar el apoyo a organizaciones de base y redes locales, evitando la concentración de recursos en pocas OSC de gran tamaño.

- Incorporar enfoques interseccionales y diferenciales en la asignación de fondos, con especial énfasis en iniciativas lideradas por mujeres lesbianas, personas trans y comunidades afrodescendientes.
- Acompañar procesos de fortalecimiento organizativo en ámbitos como gestión administrativa, liderazgo y uso estratégico de tecnologías digitales.
- Favorecer el intercambio de experiencias y buenas prácticas entre organizaciones de distintos países, generando espacios de aprendizaje mutuo y cooperación horizontal

Para instituciones estatales

- Reconocer formalmente el aporte de las organizaciones LGBTIQ+ en la construcción de paz, la inclusión y la democracia, generando mecanismos de participación real en la toma de decisiones.
- Implementar políticas públicas que integren las agendas de las personas LGBTIQ+ con enfoque interseccional, atendiendo a las realidades de mujeres lesbianas, personas trans y comunidades afrodescendientes.
- Garantizar la protección y seguridad de líderes y lideresas comunitarias frente a amenazas, estigmatización y violencias.
- Facilitar el acceso de las organizaciones comunitarias a recursos estatales y fondos de apoyo, reduciendo las barreras burocráticas y promoviendo la transparencia.
- Promover campañas educativas y culturales que fortalezcan la inclusión y el reconocimiento de la diversidad en espacios educativos, laborales y comunitarios.

Para la articulación regional

- Consolidar redes regionales de trabajo comunitario que permitan compartir aprendizajes, metodologías y estrategias frente a desafíos comunes.
- Generar mecanismos de incidencia conjunta en organismos internacionales y regionales para visibilizar agendas LGBTIQ+ en políticas de derechos humanos y desarrollo.
- Impulsar plataformas digitales seguras y accesibles que faciliten la comunicación y coordinación entre organizaciones de distintos países, especialmente en contextos con limitaciones de conectividad.
- Desarrollar iniciativas culturales y de memoria histórica a nivel regional que fortalezcan la identidad colectiva y la solidaridad transnacional.
- Promover espacios periódicos de encuentro regional (virtuales y presenciales) para evaluar avances, identificar desafíos y diseñar estrategias comunes.

Referencias

Caribe Afirmativo. (2025). Con permiso para despreciar: Informe anual de Derechos Humanos de personas LGBTIQ+. In *Corporación Caribe Afirmativo*. Retrieved September 7, 2025, from <https://www.caribeafirmativo.lgbt/wp-content/uploads/2025/05/DIGITAL-INFO-RME-DDHH-2024.pdf>

Organización de los Estados Americanos (OEA). (2015). Violencia contra las personas LGBTI. In *OEA :: CIDH :: Relatoría Sobre Los Derechos De Las Personas LGBTI*. Retrieved September 7, 2025, from <https://www.oas.org/es/cidh/informes/pdfs/ViolenciaPersonasLGBTI.pdf>

Red Sin Violencia LGBTIQ+. (2023). Informe anual: Homicidios de personas LGBTIQ+ en América Latina y el Caribe 2023. In *Sin Violencia LGBTIQ+*. https://sinviolencia.lgbt/wp-content/uploads/2024/08/Situacion-de-homicidios-de-personas-LGBT-2023_30ag_Ok.pdf